



Salvador Bermúdez de Castro

## **Poesías.**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Salvador Bermúdez de Castro

## Poesías.

El árabe

¡Qué gallarda levanta su follaje  
La palma solitaria de Elb-keddí,  
Cuando penetra el sol por su ramaje,  
Lanzando a plomo su calor allí!

El firmamento en púrpura se inflama 5  
Con los rayos que arrastra el huracán,  
Y está ardiendo la arena, cual la llama  
Que se eleva del cráter de un volcán.

En alas del Simún veloz se arroja  
Torbellino de arena abrasador: 10  
Y refleja al través, flotante y roja,  
La luz del sol su ardiente resplandor.

Entre arena que baña resonando  
De alguna antigua Esfinge el roto pie,  
El árabe corcel va galopando: 15  
El Cairo al lejos relumbrar se ve.

Sigue así, fiero alazano.  
Alza la frente serena,  
Que ya el desierto de arena  
Se ostenta en su majestad 20  
Ya estamos solos: tu brío  
Sacuda el plácido sueño:  
Respira, como tu dueño,  
El aura de libertad.

El palacio entre sus muros 25  
No me ofrece independencia:  
¿Qué me hiciera su opulencia,  
Cuando vivo libre aquí?  
¿Quién por el mar no dejara

La fuente mísera y fría, 30  
O el rosal de Alejandría.  
Por la palma del Zaeddí.

El murmullo entre las flores  
No escucho aquí de la brisa,  
Ni la plácida sonrisa 35  
De pacífico raudal:  
Pero corre ronco el viento,  
Sin parar su vuelo un monte:  
Pero miro un horizonte  
De topacio y de coral. 40

El sol detiene su giro  
Por contemplarme: navego  
Por un piélago de fuego,  
Sobre mi hermoso alazán:  
Él no borra en su carrera 45  
La huella de paso humano,  
Que yo reino soberano,  
Donde reina el huracán.

Dios a los hijos de Europa  
Dio ciudades y jardines, 50  
Y entre danzas y festines,  
Los hizo esclavos allí.  
«¡Trabaja!» dijo al cristiano:  
Pero al árabe indolente,  
«Sé tú libre, independiente: 55  
El desierto es para ti.»

Cuando la luz de la aurora  
El horizonte ilumina,  
Tercio mi fiel carabina  
Sobre mi ardiente corcel: 60  
Y a la sombra de una Esfinge,  
De las tumbas de los reyes,  
Doy soberano mis leyes  
Al creyente y al infiel.

¡Espacio sin fin, inmenso! 65  
¡Mi primera, dulce cuna!  
Bello si el sol, si la luna  
Refleja su luz en ti.  
¿Qué me importa, entre jardines,  
Un sueño de vida incierto? 70  
Quiero habitar el desierto:

Quiero morir do nací:

Donde el pecho de una hermosa,  
Al nazareno arrancado,  
Palpita tierno a mi lado, 75  
Sin terror y sin desdén:  
Y de mil bellas esclavas  
Los halagos y caricias,  
Van a colmar de delicias  
La soledad de mi harén. 80

Sobre el camello indolente  
Cargado de plata y oro,  
Se acerca doblado el moro  
De codicia y de calor:  
Entre mantas y cojines 85  
Muellemente recostado,  
El nazareno espantado  
Siente venir su señor.

La cristiana de ojos negros,  
Cual la palma deliciosa, 90  
La georgiana pura, hermosa,  
Del profeta bella Hurí,  
Para mí todo: las perlas,  
El sándalo, diales, velos:  
Alá me grita en los cielos, 95  
Todo, todo es para ti.

Y en un cielo de nácar el sol brilla:  
A plomo lanza su radiante luz:  
Corre el infiel, sobre la blanda silla,  
Medio envuelto en su cándido burnúz. 100

Y soltando las riendas relumbrantes,  
Y apretando en su mano el yathagan,  
Corre el infiel, que pronto los turbantes  
De su tribu a lo lejos brillarán.

De ambición y de amor su mente llena, 105  
Del botín y las hijas de Ismael,  
Corre el infiel, envuelto entre la arena  
Que levanta el galope del corcel.

En las altas columnas del templo  
A las preces la lámpara llama:  
Lumbre triste y escasa derrama  
Que ennegrece la nave alrededor.  
Sólo el mármol de altares y tumbas 5  
Con su luz sepulcral se colora:  
Es el rayo de pálida aurora,  
De una estrella el temblante fulgor.

Se engrandece y se espacia la mente  
Que en las losas del templo medita; 10  
Su carrera es entonces infinita:  
Su grandeza es entonces inmortal.  
Al pensar entre tumbas ¿qué alma  
Su vivir congojoso quisiera?  
¿Quién a Dios con fervor no pidiera 15  
Un olvido completo, eternal?

Esas luces que brillan y mueren  
En las altas columnas macizas:  
Ese lúgubre altar, las cenizas  
Que la huesa en su centro ocultó, 20  
Todo anuncia morir: ¡ay! recuerdo  
Mi ventura de un tiempo pasado,  
Y mi pecho no late, asustado  
A las voces de muerte que oyó.

¿Será cierto? Este templo espacioso 25  
De tan alta y soberbia estructura,  
Esta nave, pacífica, oscura,  
Convidando mi labio a rezar:  
Esas altas columnas, el ara  
Que el incienso encapota sombrío, 30  
¡Todo está cual la tumba vacío,  
Templo, nave, columnas, y altar!

¿Es verdad que esa luz misteriosa  
Que brillar en las lámparas miro,  
No arrebatara la mente en su giro 35  
A una eterna existencia de amor?  
¿Es verdad que postrada, piadosa,  
En las alas del cántico el alma  
No se eleva, en dulcísima calma,  
Hasta el trono de luz del Señor? 40

Cual la yerba arrojada en la roca,  
Que marchita allí crece, allí muere,  
¿Viviré y moriré, sin que espere  
Otra vida, otra dicha, otra luz?  
Aun en medio de altares y tumbas 45  
Mi terrible pensar me amenaza:  
Que si el mundo feroz me rechaza,  
Me rechaza también esa cruz.

¡Ay! la duda mi pecho devora:  
Infeliz, nada sé, nada creo: 50  
Una nube fatal sólo veo,  
Sin belleza, sin luz, sin color.  
Porvenir angustioso, insensible  
Me presenta mi triste existencia,  
Que no tengo ninguna creencia 55  
Que me anime a su dulce calor.

En las sombras envuelto del templo,  
Mi rodilla en la piedra reposa:  
Menos yerta la fúnebre losa  
Está ¡ay Dios! que mi triste pensar. 60  
¿Por qué siempre a la mente la dicha  
Seductora aparece y lejana,  
Como el sol con más luz se engalana  
Para hundirse después en la mar?

Todo huyó para siempre... Dichoso 65  
A rezar con mi amada venía,  
Y el postrero reflejo del día  
Nos miraba en el ara a los dos:  
No amargaban mis plácidos sueños  
De la triste razón los pesares: 70  
Que en el aire, en la tierra, en los mares  
Contemplaba la imagen de Dios.

Su semblante de amor en el templo  
A mi infancia feliz sonreía,  
De su trono de luz bendecía 75  
Mi existencia dichosa y mi paz.  
Y ahora sólo mi frente rodean  
Negras sombras de horrible tristeza,  
Que mi vida de calma y pureza  
Disipóse cual niebla fugaz. 80

## La fragata

¡Adiós! ¡adiós! al rayo de la aurora,  
Ligera la fragata,  
Libre del ancla que la oprime ahora,  
Va a hender las ondas de zafiro y plata.

Del viento al soplo, sobre el mar reclina 5  
Su negra prora el leño,  
Como el corcel indómito se inclina  
Bajo la mano del soberbio dueño.

Al arrullo del aura se estremece  
Sobre el mástil la lona, 10  
Que ya entre negras sombras desaparece,  
Ya con blancos reflejos se corona.

Los pliegues de la flámula importuna  
Que el céfiro desata,  
A los rayos se extienden de la luna, 15  
Como una sierpe de luciente plata.

Mil antorchas brillantes como el día,  
La popa coronando,  
Van una luz fantástica y sombría  
Por las vecinas ondas derramando. 20

Y va a partir... la postrimera hora,  
Dulce placer la llene,  
Aunque mañana horrible, asoladora  
Sobre la nave la borrasca truene.

Al son del arpa que el placer despierta, 25  
Y en plácida bonanza,  
Pasar se ven, girando en la cubierta,  
Rápidas sombras en alegre danza.

Cada ola leve que, en las peñas rota,  
Sobre la playa expira, 30  
En su espuma blanquísima una nota  
De la flotante música suspira.

Tiñe el alba los célicos altares  
Con túnica de llama;  
¡Ya viene el sol!... del seno de los mares 35  
Brotó su luz y el universo inflama.

Calla entonces del arpa melodiosa  
La música suave,  
Que al astro rey con salva estrepitosa  
Saludan los costados de la nave. 40

Mas ¿qué otro son de bárbara armonía  
Con ímpetu revienta?  
Calle el cañón sus cánticos al día,  
Que también lo saluda la tormenta.

Que ella también inquieta lo esperaba 45  
Para empezar su vuelo:  
Que ella también con cólera miraba  
Puras las ondas y sereno el cielo.

Pronto murió la brisa y su armonía  
Bajo sus pies airados: 50  
Poco sirve la luz del nuevo día,  
Que ella trajo en sus alas los nublados.

Esa fragata tan soberbia antes,  
El áncora ya rota,  
A merced de los vientos inconstantes 55  
Sobre las olas irritadas flota.

No hay salvación: que la corriente lleva  
La nave desarmada,  
Hacia la negra peña que se eleva  
De huracanes y espuma rodeada. 60

Y agolpados a bordo se veían  
Pálidos mil semblantes,  
Contemplando las olas que subían  
Sobre la nave náufraga tronantes.

Venciendo al trueno, un grito sobrehumano 65  
Doliente se dilata:  
Calle la tempestad.... que el Oceano  
Cubrió ya con sus olas la fragata.

El peregrino

Era una noche de invierno,



Del invierno crudo y frío,  
Oscura, sin una estrella,  
Y de nieve y de ventisco:  
Era más de media noche, 5  
Y la puerta de un castillo  
Resonaba al duro golpe  
Del fuerte aldabón macizo:  
Mucho aqueja al Castellano  
La visita y el ruido, 10  
Que allá estaba junto al fuego  
Bebiendo con sus amigos.  
«Soy un pobre» el que llamaba  
Con voz apagada dijo,  
«Soy un pobre extraviado 15  
Que no conoce el camino.»  
Y gritóle el Castellano:  
«Vaya a otra parte el mendigo.»  
-«Estoy solo y sin defensa,  
Soy un pobre peregrino, 20  
Y vengo de Tierra Santa  
Muy cansado y busco asilo.»  
-«Busque albergue en otra parte  
Que no se da en este sitio.»  
-«Yo pagaré en oraciones 25  
Por el Señor compasivo,  
Daré del santo sepulcro  
Un relicario bendito.»  
-«Pase, le digo, adelante.»  
Gritó el Castellano altivo. 30  
-«¡Señor, por piedad!» de nuevo  
Dijo el pobre peregrino,  
«Soy ya muy viejo, sin fuerzas,  
Desnudo y muero de frío»:  
Mas nada de esto apiadara 35  
Al dueño de aquel Castillo,  
Que tenía el corazón  
Cual mármol endurecido.  
Antes bien se puso en pie  
Y gritóle enfurecido: 40  
-«Parta el pobre en hora mala,  
No me canse con sus gritos,  
No despierte mis sabuesos  
Ni mis halcones dormidos.»  
Y tornó de nuevo al fuego 45  
Y a beber con sus amigos.  
-«A Dios, Señor» le responde  
El pobre con un suspiro,

«Si llamáis a puerta ajena  
Dios os dé mejor destino.» 50  
Larga y negra fue la noche  
De vendaval y granizo:  
Muy mucho sonaba el aire  
Con triste horrendo silbido.  
Poco durmió el Castellano, 55  
Porque su sueño indeciso  
Fue turbado muchas veces  
Por la memoria de un grito.  
Por aquel ¡ay! doloroso  
Que lanzara el despedido. 60  
Desde entonces cada noche  
Ha vuelto a escuchar lo mismo:  
Que a la mañana siguiente,  
Cuando de perros seguido,  
Con el azor sobre el puño, 65  
Sobre un caballo de brío,  
Buscaba tímida garza  
Por las orillas del río,  
Olvidado del día antes  
Y en la caza divertido: 70  
Halló sobre el duro suelo,  
En nieve casi sumido,  
Amoratado y sin vida  
Al infeliz peregrino.

---

**[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)**

Súmesese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)** , para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



**editorial del cardo**